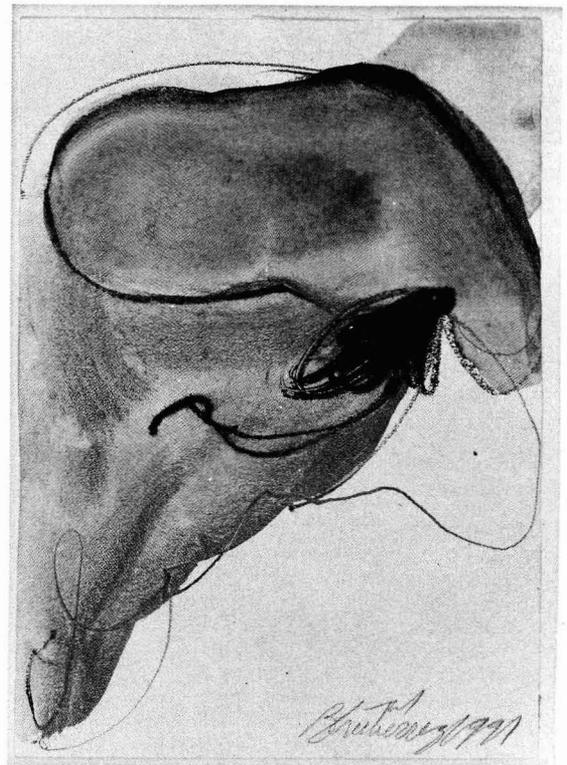
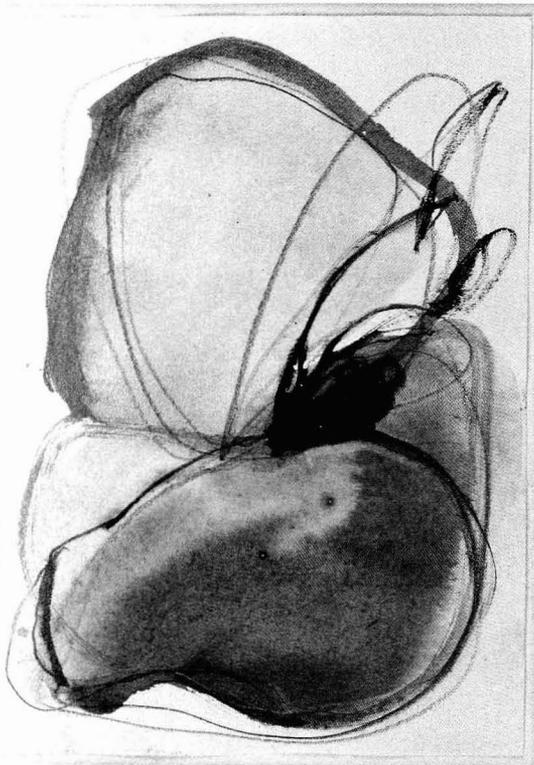


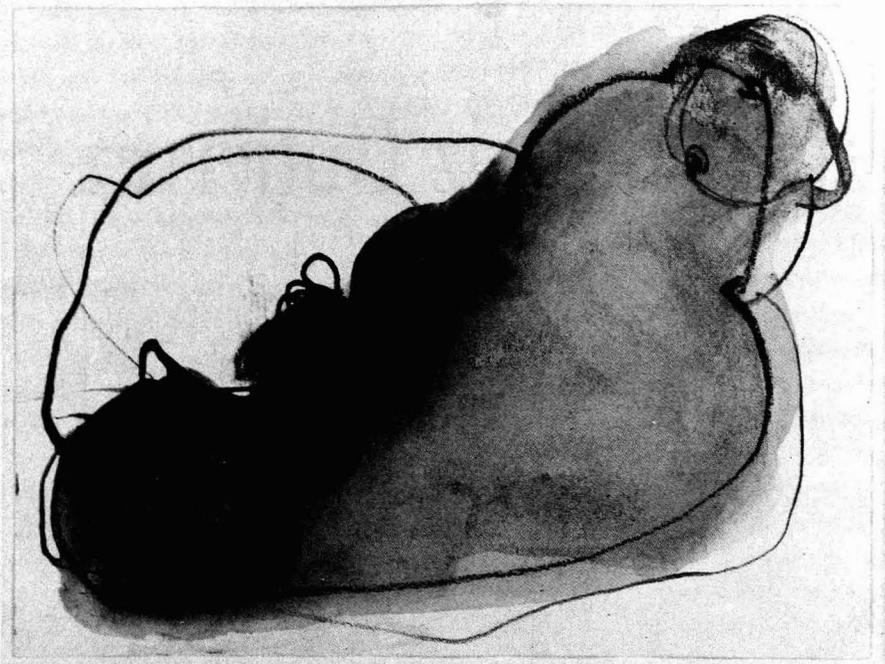
Invocaciones de Beatriz Gutiérrez



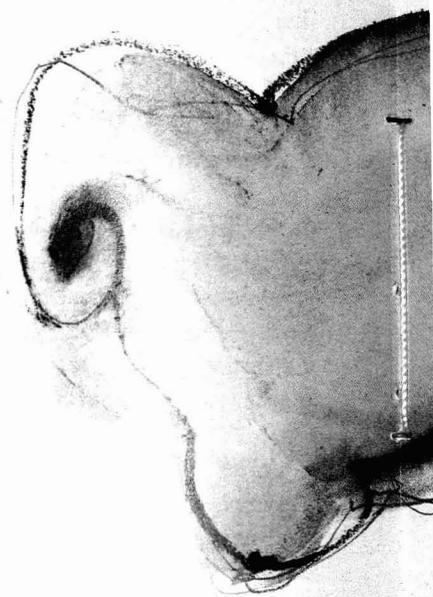
Invocaciones, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 18.5 x 13.5 cm c/u.

Las líneas que dibuja Beatriz Gutiérrez salen con rapidez de su centro, como cangrejos. Completan su recorrido, su círculo, voluntariosas y estremecidas, ansiosas, turbulentas. Algunas, en ciertas fronteras, se adelgazan, casi se esfuman y de pronto otras las continúan, gruesas, decididas, rabiosas. Y una vez que regresan, dejan dibujadas nubes. Suaves nubes surcadas por relámpagos: mujeres hechas de ligereza, de nerviosismo. Cuerpos que buscan su definición solos, silenciosos, felices como anillos de humo. Sin desesperación, pero con prisa.

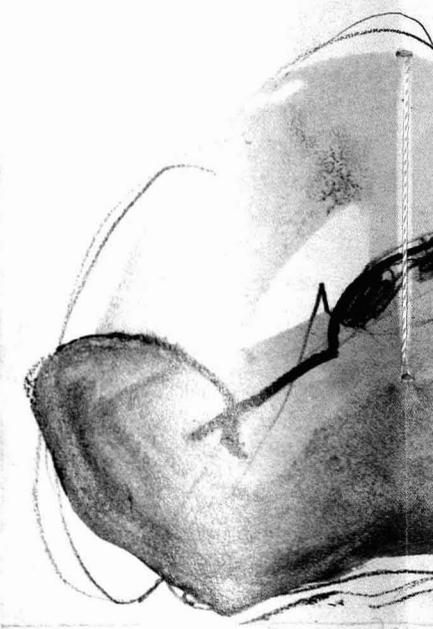
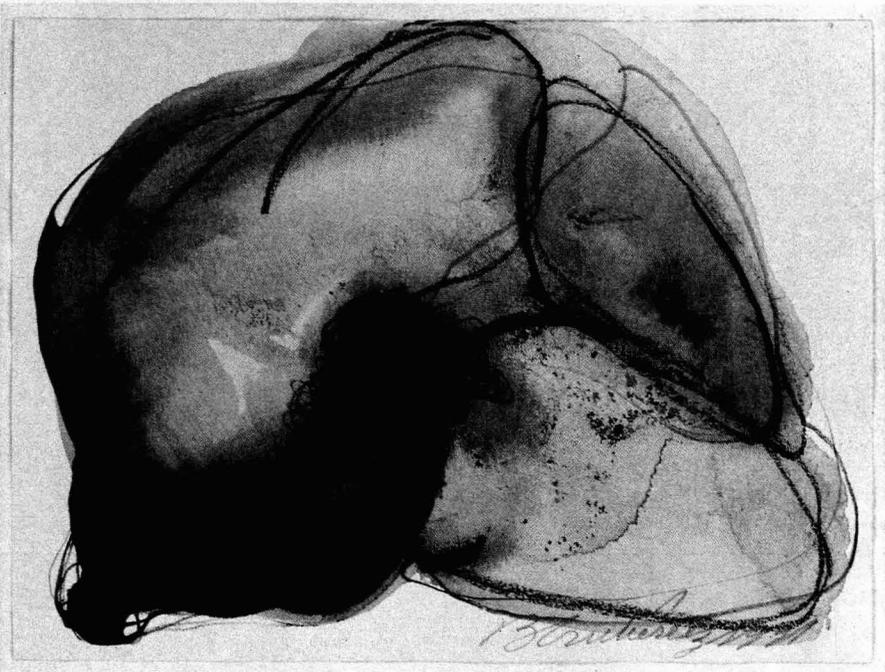
Son líneas que saben perforar, rascar, desgarrar. Y de repente, se vuelven lánguidas, sordas. Curiosamente, ese nerviosismo les confiere musicalidad. Sobre todo, ritmo. Un ritmo que radica en el grosor, en la velocidad. Estos cuerpos, exasperados por los trazos que los circunscriben, quieren abrirse. ¿Entregarse? ¿Parir? ¿Huir? Acaso son puro tacto. La única apertura es su sexo. Aquí, el trazo de Beatriz es grueso, furioso. ¡Qué rabia! ¡Qué carbonización! Pero no hay crueldad. Tampoco seducción. Los muslos, el pecho, luchan contra su piel. Van acaloradamente al grano.



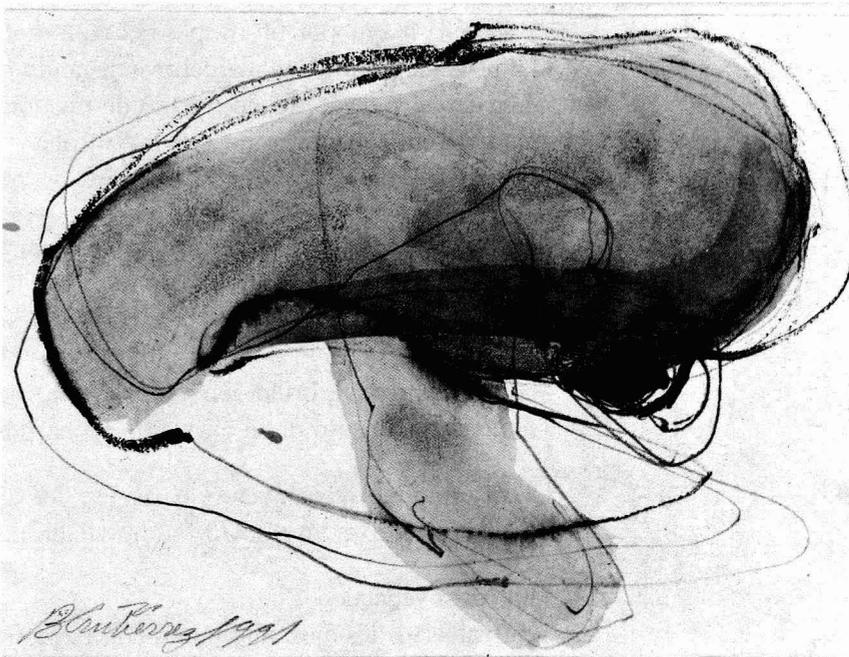
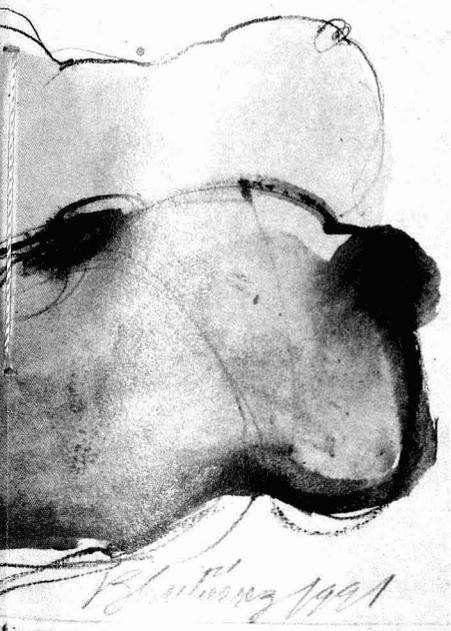
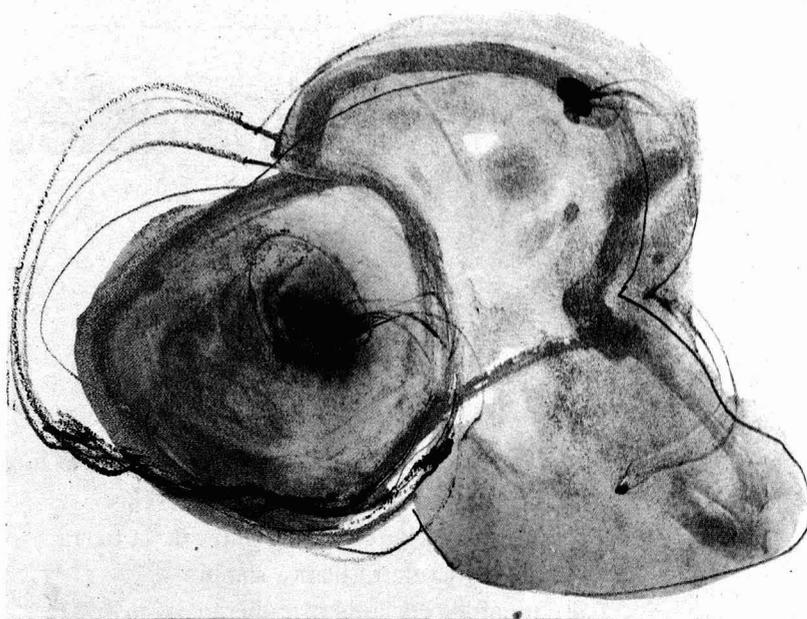
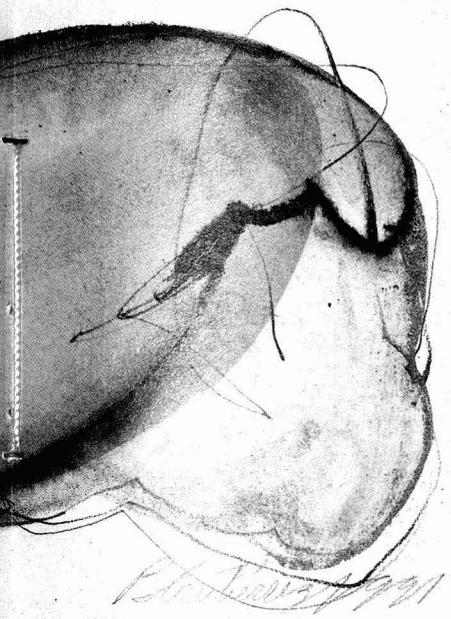
Viraje, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.



Altiplano, 1991. Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.



También son paisajes mínimos. Los muslos, riscos altos. Aquel pecho, un volcán. El pezón, una estrella aislada. Una mujer son cinco gujarros. En cierto modo, estas mujeres remiten a los paisajes chinos: sauces, montañas. A ese gusto tan oriental por contemplar hasta la alucinación. Recuérdese, por ejemplo, el título de aquel antiguo libro de poemas:



Sol naciente, Sol poniente, 1991, Lápiz, tinta y carboncillo/papel, 13.5 x 18.5 cm c/u.

El jardín en el grano de mostaza.

Beatriz Gutiérrez dibuja mujeres que son rocas. Rocas que son nubes. Nubes que son un enjambre de grillos.

Y también aros que giran a una gran velocidad. Garabatos de niña que, a su modo, son mujeres. ¿O mujeres que desean, con ardor, ser garabatos?

Por otro lado, estos dibujos podrían verse como figurillas votivas, dedicadas a las divinidades de la fecundidad. Aun rápidos, los dibujos de Beatriz, tienen la devoción, la concentración de un ritual. Quizá este sea el sentido de aquella inquieta mancha dorada que recorre sus dibujos. ◇